

¿Fin de la filosofía?

Platón escribió que una vida sin examen no merece vivirse. No se trata de una mera sentencia moral, dice el autor del texto, porque una persona que no revisa sus dogmas o no practica la reflexión se transforma en un ser cerrado. **TEXTO: GUILLERMO FADANELLI**

Durante un tiempo he considerado escribir este breve Cuarto de estudio, pese a que no estoy seguro si despertará un mínimo interés en los lectores que piensan en la filosofía como en un asunto que no les concierne. Si de entrada les parece la filosofía tema poco interesante, ¿qué puede importarles su ocaso? Sin embargo, puesto en palabras sencillas, creo que si las personas dedicaran una mínima parte de su tiempo a leer a los filósofos importantes, progresarían en el conocimiento a un ritmo asombroso e incluso modificarían una buena parte de las ideas que hasta ahora consideran ciertas. Es verdad que no es sencillo leer a los filósofos académicos puesto que muchos de ellos elaboran jergas difíciles de comprender, pero siempre existen excepciones.

Hace unas semanas murió Richard Rorty, pero los medios ni siquiera repararon en el hecho.

El luto se guardó en círculos académicos limitados, como si los libros de este filósofo no tuvieran importancia más que para unas cuantas personas. No es así porque las reflexiones de los filósofos tienen sentido y valor para el resto de los seres humanos, pese a que su divulgación o su estudio se oriente sólo a pequeñas comunidades. Este es justamente el primer síntoma de una muerte tantas veces anunciada: a nadie parece importar lo que piensan u opinan los filósofos actuales.

Es verdad que Chomsky, Habermas, Savater y unos pocos más tienen la posibilidad de que sus ideas sean difundidas en los medios, pero es demasiado poco tomando en cuenta la estatura de esta clase de hombres: es absurdo ofrecer migajas a los elefantes. Las personas comunes decimos que poseemos una filosofía para orientar nuestros actos, pero lo que en



ILUSTRACIÓN: SERGIO BRODÓN

verdad decimos es que tenemos ciertos principios que consideramos verdaderos o necesarios y que nos sirven de guía en momentos de oscuridad. La pregunta es no sólo de dónde vienen estos principios, sino hasta qué punto somos capaces de ponerlos en duda.

Examen de vida

Creo que es conveniente para cualquier persona o sociedad someter sus dogmas a un examen continuo, pues de lo contrario se corre el riesgo de que otros piensen y decidan en su nombre. Platón escribe que una vida sin examen no merece vivirse. No se trata de una mera sentencia moral: una persona que no examina sus dogmas o no practica la reflexión se transforma en un ser que gira alrededor de sí mismo: un ser cerrado. Es cierto que si los hombres dudaran a todas horas de sus principios o de sus ideas nadie actuaría, pero abandonar el examen continuo o la duda, terminaría –como sugirió Isaiah Berlin– convirtiéndonos en seres y sociedades sin imaginación.

La concentración de las disciplinas filosóficas en cerrados círculos académicos es sólo una de las causas de su actual descrédito. Existe otra razón, acaso la más importante, por la que se ha perdido respeto al quehacer filosófico, me refiero a la constante comparación de sus logros con los de la ciencia. Ya desde Kant era notorio que mientras la ciencia parecía avanzar a pasos firmes y contar con un método de conocimiento confiable, la filosofía no hacía más que especular interminablemente acerca de los mismos problemas. Si bien los científicos llegaban a ponerse de acuerdo en ciertas cuestiones como en las Leyes de Newton o la Teoría de la relatividad, los filósofos confrontaban sus ideas con resultados dispares: se les acusaba de carecer de método y de no ser más que pura retórica, de destruir lo poco

que parecía estar en pie y de volver a comenzar como si cada uno de ellos fuera el único poseedor de la verdad: los ejemplos de Spinoza, Hegel y Nietzsche están siempre a la mano. Estas acusaciones han sido constantes a tal punto de que la misma filosofía se ha visto forzada a construir sistemas a la manera científica e incluso a establecer métodos de verificación capaces de devolverle el prestigio perdido (el positivismo lógico y el análisis lingüístico, entre otros). Y no obstante estos ataques, la filosofía continúa su ejercicio especulativo, no se rinde.

En una época como la nuestra donde la tecnología se ha desarrollado a extremos notables y los expertos dictaminan lo que debe hacerse en cuestiones de ciencia es necesario una especie de saber general que nos rescate de las manos o las decisiones de unos cuantos. No hace falta más que mirar a nuestro alrededor para saber que nos han condenado a ser usuarios, espectadores de objetos que no sabemos cómo funcionan. Este saber general se da en la filosofía, pese a que durante el siglo xx se edificaron varios sistemas analíticos o positivos que tuvieron a la ciencia o su método universal como modelo (el materialismo de W.V. Quine es uno de ellos). Ahora bien, es necesario decir que el progreso de la ciencia ha sido en gran parte a expensas de la filosofía. Ambas disciplinas van de la mano hasta confundir sus límites e incluso se ha llegado a pensar que son la misma cosa: Galileo, Leibniz, Einstein son considerados también filósofos en cuanto su pensamiento no se limitó a expresarse por medio de unas cuantas operaciones lógicas, sino que se desarrolló dentro de concepciones más amplias del mundo. Es revelador el hecho de que Einstein, como él mismo lo confiesa, se imaginara primero sus teorías y después intentara justificarlas con expresiones matemáticas.

Ciencia y filosofía

No es nuevo afirmar que quienes han llevado más lejos sus descubrimientos científicos han tenido una estrecha relación con la filosofía. Hoy en día los filósofos se han encargado de mostrarle a la ciencia que no existe nada así como un método científico, y que una buena parte de su conocimiento es relativo. Las ideas de Popper, Feyerabend, Putnam, Rorty, Fodor y Williams son suficientes para que pensemos en la ciencia no como una disciplina derivada de la filosofía, sino como un proceso que requiere del pensamiento filosófico para que sus descubrimientos no sean sólo disparates de expertos avalados por políticos para satisfacer sus propios intereses.

Quisiera concluir esta breve nota con un comentario. Si bien hay quienes piensan que la filosofía no es un conjunto de dogmas sino un ejercicio de reflexión constante, hay quien cree justamente lo opuesto: sólo la ciencia es capaz de darnos certezas acerca del mundo. Pero al momento de afirmar esto se olvida que el hombre es un ser moral por antonomasia, un ser que tiene problemas éticos, sentimientos, pasiones. Y son precisamente estas pasiones o razonamientos morales los que deciden una buena parte de su vida. Sin un examen a fondo de estas pasiones uno va siempre a la deriva y se vuelve presa sencilla de quienes detentan el poder en todas sus formas. Leer a Platón de vez en cuando no nos hará filósofos, pero nos pondrá alerta en estas cuestiones. Mientras esto suceda la filosofía –es decir el amor por el saber, la reflexión y el conocimiento general de las cosas–, estoy seguro, no llegará a su fin. •

GUILLERMO FADANELLI

Ciudad de México, 1964. Escritor, sus más recientes libros son *Educación a los topos* (Anagrama) y *Plegarias de un inquilino* (Cal y Arena).